

Kaspar Hauser

Un retrato sobre la condición humana



La vida exterior

Es lunes de pentecostés, más precisamente la media tarde del 26 de mayo de 1828, y casi todos se han marchado. Núremberg parece deshabitada. En las casas que rodean a la plaza Unschlitt, los pocos que permanecen ojean desde las entreabiertas celosías al extraño personaje cuya existencia se balancea como si fuese una estatua ebria que intenta andar. Sostiene una carta en la mano izquierda y un libro de oraciones en la derecha.

Permanece fijo mientras se le acerca un hombre de unos cuarenta años, un poco más alto que él, de aspecto amable y mirada suave. Alzando su extraña y larga pipa, le pregunta hacia dónde se dirige. Como la respuesta le es ininteligible, se aproxima para leer el remitente de la carta que está dirigida “Al señor Capitán de Caballería del 4.º escuadrón del 6.º Regimiento de Caballería Ligera. Núremberg” (Herzog, 1974). Las cosas empiezan a encausarse porque la vivienda del nombrado capitán se encuentra a unos pasos de allí; bastará con acompañarlo.

Toca la campanilla y también, ganado por la ansiedad, golpea con su puño la madera del pórtico. Mantiene una disimulada compostura. Ha guardado su pipa, mientras el cuerpo de su cada vez más extraño acompañante permanece inclinado, formando un incómodo ángulo al que nadie en su sano juicio se sometería, con su frente apoyada sobre una de las hojas de la puerta de entrada. Por fin, sale el criado que, ante el requerimiento por el capitán, anuncia simplemente que este no se encuentra y que aquel desafortunado joven no podrá esperarlo en la casa, pero sí lo podrá hacer en el establo. Allí, entre los caballos que lo ignoran, se duerme y lo hace de forma tan profunda que es fácil confundirlo con un muerto.

Escortado por algunos funcionarios municipales que tienen el deber de labrar un acta sobre lo que ocurra, el capitán visita la cuadra y observa con atención al joven que lo reclama y con quien, aparentemente, tiene alguna relación. Sin embargo, no logra

reconocerlo; está convencido de no haberlo visto jamás. Intenta despertarlo, pero es imposible. No tiene otra alternativa: debe buscar alguna explicación en la carta que está dirigida a su nombre. Abre la misiva. Lee.

De la frontera bávara. No se cita el nombre del lugar. 1828
Ilustrísimo señor Capitán.

Le envío a un muchacho que desea servir fielmente a su rey. Este chico me fue confiado el 7 de octubre de 1812, y yo mismo, un pobre jornalero, tengo también diez hijos, y lo mío me cuesta salir adelante, y su madre me entregó a su hijo solamente para que lo criara, pero no pude preguntar nada a su madre, y hasta ahora no he dicho nada a la Audiencia Provincial de que este chico me había sido confiado. Me dije que tendría que hacer como si fuera hijo mío, lo he criado cristianamente, y desde 1812 no lo he dejado dar un paso fuera de mi casa para que nadie supiera nada de dónde había sido criado, y ni él mismo sabe el nombre de mi casa, ni sabe tampoco el lugar, puede usted preguntárselo, pero no puede decirlo. Yo mismo le he enseñado a leer y a escribir, puede escribir mi letra como yo la escribo, y cuando le preguntamos qué hará dice que será de la caballería ligera como su padre fue, y si hubiera tenido padres, que no tiene, habría sido un chico instruido. Si le enseñáis algo enseguida lo sabe. (...)

Por favor, señor Capitán, no lo moleste, no sabe en qué lugar estoy, lo he llevado en plena noche, ya no sabe volver a casa. Me encomiendo humildemente a usted porque podrían castigarme.

Y no tiene ni una moneda encima porque yo tampoco tengo nada. Si no se queda con él, tendrá que echarlo o colgarlo en el camino. (Feuerbach, 2017, pp. 46-47)

Tras nuevos intentos, el desafortunado personaje se despierta, pero no habla hasta que la impresión producida por el colorido y reluciente uniforme militar de la caballería lo espabila, provocando que repita la única frase que es capaz de pronunciar: "Jinete quiero, como mi padre fue". Parado y observando sin ver, con los ojos en tan rara posición que ni siquiera podemos decir que estén desorbitados porque significaría reconocerles alguna familiaridad, muerde un pedazo de pan que inmediatamente escupe. Su cuerpo y lo poco que parece quedarle del alma no pueden sostenerse, así que deben recostarlo sobre el heno que cubre el establo. Lo revisan y observan heridas en los pies y en uno de sus brazos. Una marca, segura consecuencia de la vacuna contra la viruela, delata un origen noble.

¿Quién es aquel joven que cuestiona a la humanidad?, ¿un salvaje, un tonto, un cautivo inesperadamente liberado o un genial simulador? Lo sientan y le acercan tinta, pluma y papel; su protector o captor lo ha dicho en la misiva: sabe escribir. Con cierto gozo, delinea su nombre, "Kaspar Hauser".

La vida interior

Rítmicamente enmudecidos, los altos trigales ondean como si fuesen un infinito mar de soledad que quiebra el corazón de los hombres. No es calma, es la afonía del mundo que se sostiene en un ruego: “¿no escucháis ese terrible llanto a tu alrededor? ¿Ese llanto que los hombres llaman silencio?” (Herzog, 1974).

Silencio que rodea a un joven aislado en una habitación que más bien es una cueva. En la mayor orfandad que podamos imaginar, mueve con marcada cadencia un pequeñísimo caballo de madera que casi cabe en su mano. Debe permanecer sentado con los pies en línea recta o recostado, no se puede parar; su cuerpo está sometido al indecente territorio cubierto de forraje que es su estrecho mundo. Está sujeto por una correa que parece no percibir; similar, tal vez, a la que nos amarra a un título del cual jamás podremos liberarnos: *Cada uno para sí mismo y Dios contra todos*, que es la forma original con la que Werner Herzog dio a conocer su película que fue traducida como *El enigma de Kaspar Hauser*.

Es el comienzo de un film que nos vincula al mundo personal de quien, según el jurista Paul Johann Anselm von Feuerbach, sufrió un crimen contra su vida interior.

Al momento de su liberación, comenzamos a saber algunos detalles de su extenso cautiverio. Poco después, aparecerá en la plaza de Núremberg, donde el zapatero George Weichmann lo encontrará para llevarlo hasta la casa del capitán de caballería Friedrich von Wessenig, lugar en el que se revelará su nombre y algunos inciertos aspectos de su pasado. A la carta precedente la acompañaba otra que por su redacción pudo haber sido escrita por su madre, pero por la caligrafía se le debería atribuir al mismo autor de la misiva anterior:

El chico ya está bautizado, se llama Kaspar, usted mismo podrá darle un apellido, puede usted educar al niño. Su padre era de la caballería ligera cuando tenga 17 años mándele a Núremberg al 6.º regimiento de caballería ligera es ahí donde estuvo su padre ruego que lo cuide hasta los 17 años nació el 30 de abril de 1812 soy una pobre criada no puedo alimentar al niño su padre está muerto. (Feuerbach, 2017, p. 47)

Los hechos parecen estar intrincadamente dispersos, como si quisieran darnos la perspectiva de un misterio irresoluble. Sin embargo, sabemos con inquebrantable certeza que el relato culminará cuando cada pieza encaje sutilmente con la contigua para construir un cuadro general, único y coherente de la situación. Tosca sería la fama de Sherlock Holmes o de Auguste Dupin si cada tanto admitiesen la derrota dada por su incapacidad para anudar en una imagen indivisa los difusos detalles que marcan la escena del crimen. Pero tosca será nuestra fama –si es que logramos alguna– porque no hay posibilidad de que podamos resolver la mayoría de los enigmas que Kaspar Hauser nos plantea, por mucho que el funcionario municipal, redactor de los informes sobre su vida y su muerte, imagine que ha encontrado un atajo digno de los detectives literarios.

Kaspar Hauser va a ser cuidado y educado por el profesor Daumer. Poco a poco, parece recuperar su humanidad arrebatada, aunque el desconsuelo de su corazón esté tan profundamente esculpido que no hay cincel que sea capaz de borrarlo. ¿Cómo piensa

Kaspar Hauser cuando declara que su “llegada a este mundo fue una caída terriblemente dura”?

Con entendimiento o sin él, la vida de Kaspar continúa, pero lo hará por poco tiempo. Está escribiendo sus recuerdos y, tal vez por ello, porque la letra honesta y profunda también es amenaza, un hombre anónimo intenta asesinarlo; por suerte, solo lo hiere. En una segunda tentativa, el puñal lastimará su cuerpo justo sobre el corazón. Desde el intento anterior habían pasado un par de años y Kaspar se había trasladado de Núremberg a Ansbach. Morirá allí, reclamando por su cansancio y lleno de incógnitas. Nos queda la imagen de unos pies heridos con un letrado que identifica el cadáver.

Reaparece el notario, el hombre pequeño que ama redactar elegantes informes. Los doctores disecan el cuerpo de Kaspar Hauser y sentencian que “el lóbulo izquierdo del hígado es más grande que lo normal y se extiende hasta la parte inferior del arco izquierdo del diafragma”. El notario anota; pregunta una y otra vez para que su reseña sea precisa y no contenga errores. El médico se ve obligado a repetir “arco de diafragma”. En un primer plano, los médicos analizan el cerebro de Kaspar decidiendo que su forma es anormal, al igual que su cerebelo. Dictan lo que debe incluir el escrito del funcionario, que se alegra de su eficacia burocrática: “cerebro anormal, subdesarrollado, deformidad del hemisferio cerebral izquierdo que no cubre suficientemente el cerebelo”. La autopsia concluye. Satisfecho, el notario atraviesa el dintel de la puerta hacia el luminoso día. Llama a un cochero solo para entregarle el sombrero y pedirle que lo lleve a su casa porque él habrá de caminar. Es una gran jornada: sabe, o al menos supone, que ha conseguido un documento maravilloso y a la vez preciso. Se balancea presuntuoso mientras pasea y vocifera: “deformidades descubiertas en el cerebro y el hígado de Kaspar Hauser, finalmente tenemos una explicación para este extraño hombre y nunca volveremos a ver nada parecido” (Herzog, 1974).

Trampa de un funcionario, trampa de los expertos, trampa de una sociedad que desea ser engañada anulando las dudas, las preguntas, las incógnitas y los dilemas morales bajo una causa biológica. No significa esta crítica que debemos considerar a las personas como *tabula rasa* que nacen con la mente en blanco y que, independientemente de cualquier condición innata, serán aquello que los esfuerzos educativos y las condiciones sociales posibiliten. Tampoco se pretende expresar la defensa de un dualismo según el cual el libre albedrío es una realidad ontológica de una mente incorpórea que –de modo cartesiano– se vincula al cuerpo, pero no es el cuerpo. Porque las teorías que niegan todo determinismo biológico no solo son racionalmente indefendibles, sino que pueden ser –contra la intención de quienes las enuncian– tan sutilmente inhumanas –al declamar por una libertad, una voluntad y una igualdad imposibles– como aquellas que justifican el dominio, la explotación y el maltrato en nombre de supuestos biológicos que son presentados como inamovibles hechos de la naturaleza.

Stephen Jay Gould publicó, en su libro *Milenio* (1998), la siguiente reflexión:

En los anales completos del heroísmo no encuentro nada más ennoblecedor que las compensaciones que las personas luchan por descubrir y llevar a

cabo cuando los infortunios de la vida los han privado de características básicas de nuestra naturaleza común.

Solemos comprender cómo hacen esto quienes padecen minusvalías físicas, pero raramente nos paramos a pensar en las luchas parecidas de quienes tienen deficiencias mentales. (p. 165)

Esta consideración es el inicio de un relato en torno a un joven, un excepcional calculador de fechas y días al que describe de la siguiente forma:

...es autista y su cognición está muy limitada. Su capacidad lingüística es buena, pero en cuanto a comprender intencionalidades y causalidades emocionales está prácticamente en blanco. Comprende la causalidad física básica y sabe que si se tira un objeto caerá al suelo o que si se arroja una pelota dará en la pared, pero es incapaz de interpretar la motivación o las razones "internas" que subyacen en una acción humana. No entiende ni la más simple historia de un libro o una película. Aprende a seguir mecánicamente las reglas de un juego, y en ese sentido es capaz de jugar una partida, pero no tiene ni idea de por qué la gente se dedica a esa actividad y no ha podido ni empezar a comprender las ideas de anotación, victoria y derrota. (Gould, 1998, p. 164)

Los logros o los fracasos, las posibilidades o los impedimentos, no se producen únicamente por nuestra voluntad y bajo la seductora quimera de la igualdad biológica. Somos distintos; a veces como valioso espectro de lo diverso, pero otras veces como injusto acto al que nos somete nuestra identidad corpórea. Lejos de la resignación, y asumiendo con valentía los determinantes que nos limitan, podemos sostener con decidida convicción que la igualdad y las posibilidades de la acción humana, en la forma en la que Gould (1998) lo reclama en el escrito que citaremos a continuación, no son una cuestión de la naturaleza, sino un hecho político que se decide por sobre y en contra de la desigualdad biológica:

Ojalá hiciésemos todos un uso tan excelente de nuestros talentos especiales, los que sean, por limitados que parezcan, cuando nos damos a la más noble de nuestras actividades mentales e intentamos encontrarle un sentido a este mundo maravilloso y desempeñar la pequeña parte que nos toca en la historia de la vida. No he citado, en realidad, su bella respuesta por entero. Me dijo: "Sí, papá, cinco semanas". Su nombre es Jesse. Es mi hijo mayor y estoy muy orgulloso de él. (p. 172)

¿Hemos resuelto bajo la suposición de su peculiaridad cerebral, tal como lo supone el notario, las dudas referidas a la vida de Kaspar Hauser? La respuesta parece estar en su epitafio: "Aquí yace Kaspar Hauser, enigma de su tiempo. Su nacimiento es desconocido, su muerte un misterio".

Referencias

- Feuerbach, P. J. A. von. (2017). *Gaspar Hauser. Un delito contra el alma del hombre*. Madrid: Asociación Española de neuropsiquiatría. (Primera edición 1832).
- Gould. S. J. (1998). *Milenio: Guía racionalista para una cuenta atrás arbitraria pero precisa*. Barcelona: Crítica.
- Herzog, W. (1974). *El enigma de Kaspar Hauser [Jeder für sich und Gott gegen alle]* [película]. Alemania.